

LA PATRIA PROMETIDA

ABERRIGABEAK

(VASCONIA 1948-1984)

Josu Bingen Fernández Alcalde

AA

Ediciones

NARRATIVA SOCIOVITAL

LA PATRIA PROMETIDA. ABERRIGABEAK

© Josu Bingen Fernández Alcalde

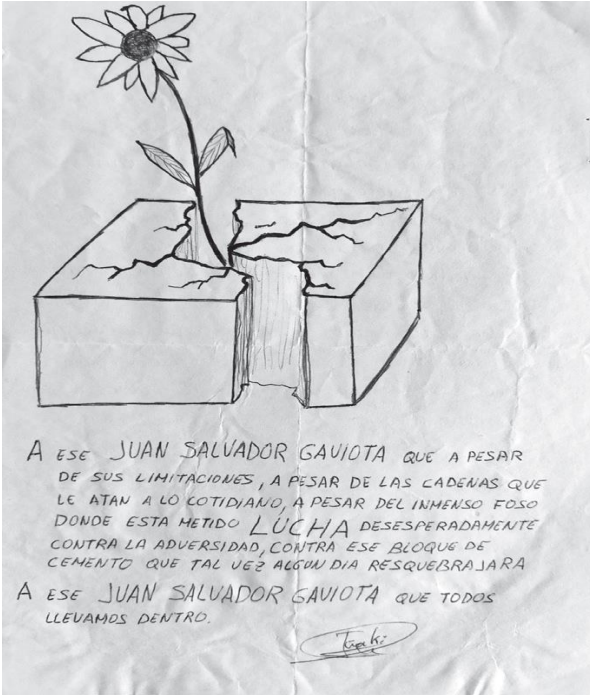
©Arte activo Ediciones

De esta edición de febrero de 2023

arteactivo@yahoo.com

ISBN: 978-84-125433-3-9

Impreso en España



Y Él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas. Yo soy el Alpha y la Omega.

El que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos. Amén.

Y tengo las llaves del infierno y de la muerte.

Escribe las cosas que has visto y las que son. Y las que han de ser después de éstas.

-Apocalipsis 1:18,19-

Es imposible ver a la vez las dos caras de la moneda.

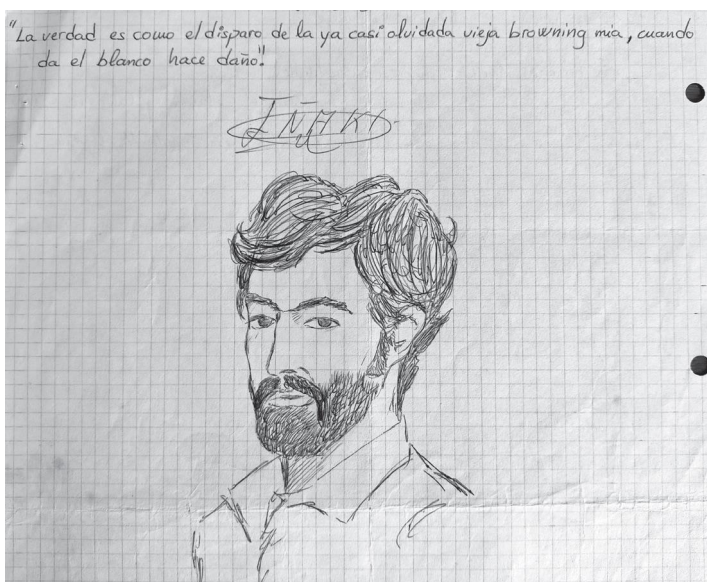
A IÑAKI AGIRRE ERRAZKIN

Nire lagun maitea.

Militante abertzale de izquierda.

(ETA Político Militar 1977-1982)

OHOREZ



Tú has visto cosas que no creeríamos.
Todos esos momentos se perderán en el tiempo,
como lágrimas en la lluvia.
Es hora de morir.

OTRAS DEDICATORIAS

A Kai, la Nueva Vida.

A Mambo. La calma de los paseos diarios con él, me permitía ordenar las ideas.

A quienes tuvieron la sensatez de preferir una mala democracia a una buena guerra.

Al Quinto Mandamiento.

Y súper agradecido a los “*prakagorriak*” que, conforme escribía la novela, iban susurrándome los sucesos importantes que tenía olvidados.

PROEMIO. 1948. EL BASTARDO

El solo vicio del agua es la gravedad.

-Francis Ponge-

El muchacho de doce años, Xalbador, hace de monaguillo en la misa que con motivo de La Candelaria se celebra en la iglesia de Cestona. Desde el púlpito, el sacerdote proclama con vehemencia el pasaje bíblico de la presentación del niño en el templo y la purificación de María, a los fieles congregados; la mayoría, baserritarras. La madre del pequeño ayudante, sentada en un lateral de las primeras filas, tose frecuentemente delatando un estado de salud delicado, lo que pese a la devoción que profesa, impide que pueda escucharlas con limpieza, además de hallarse más pendiente de la diligencia en las tareas del hijo que en el sermón. No así el mozuelo, que tiene los cinco sentidos volcados en la voz y gesticulaciones del oficiante.

—Por duro que resulte. Por mucho que extrañe a nuestros principios, cada persona debe atender a la llamada que en algún momento de la existencia le hará Dios y que se le presentará como una aparición; la mayor parte de las veces, dolorosa, puesto que exigirá, quizás, el sacrificio de propia vida o ponerla en riesgo.

Las luces del espléndido mediodía con que la primavera adelantada regala la tierra, luego de casi dos semanas especialmente lluviosas, han logrado descorrer las espesas cortinas de nubes que las atrapaban y entran radiantes por la cristalería sur dando de lleno en el rostro del acólito que, desafiante, se atreve a contemplarla a efectos de contrastar la magnitud de su fuerza, antes de tener que retirar los ojos ofendidos.

—Y dijo Jesús a un discípulo. Sígueme. Y él contestó: Señor, permite que primero entierre a mi padre. Y el Mesías repuso. Deja a los muertos que entierren a sus muertos. Tú ve y

anuncia el reino de Dios. Entonces, otro de los apóstoles le dijo. Te seguiré, Señor; mas déjame despedirme primero de los que están en mi casa. Y el Salvador le corrigió. Ninguno que poniendo su mano al arado mira atrás, es apto para el feudo de los cielos.

El instante del fulgor coincide con el final de la llameante oratoria prolongándose hasta la exclamación del sacerdote “Palabra de Dios”, respondida con un enfático “Te alabamos, Señor” y el automatismo de santiguarse y arrodillarse que los asistentes y el ayudante ejecutan de forma solemne. Un pensamiento fugaz cruza la mente infantil, reconociendo con humildad el tremendo poder del astro, a la par que fantasea con que sería magnífico disponer de semejante rayo en los ojos. Capaz de hacer arrodillarse a los seres.

—No quiero dejar de señalar, con el índice bien levantado y airado, la ignominia cometida hace dos días en la India contra Gandhi, un hombre justo y de paz, luchador incansable por el derecho a la independencia de su pueblo conseguida recientemente. Ha sido abatido a tiros por algún fanático descreído del Altísimo. En cuanto pastor de almas, pido dedicarle nuestra oración de hoy. Y ruego al Creador que su asesino sufra la condena del infierno.

El menudo asistente queda paralizado por los gestos inflamados del sacerdote que amenazan estallarle las profusas venillas de la faz. Nota un desconocido cosquilleo placentero bajo el vientre.

Esteban Munío tiene que detenerse y sentarse en un banco del paseo de La Concha porque se siente mareado. Acaba de dejar al hijo de su difunta esposa al cuidado de las monjas, dado que ningún pariente ha querido hacerse cargo, ni siquiera los de su propia familia en Soria. Está solo en San Sebastián y el trabajo de vendedor le exige constantes viajes que impiden criarlo en condiciones.

La presencia de la mar delante, a la vez tempestuosa y relajante, hace que recobre las imágenes de semanas atrás viendo las cartas que Inaxi le entregó para él y para el niño cuando sea mayor. Duda si abrir la suya, intuyendo que va a figurar

el nombre del padre del menor y las circunstancias que la trajeron a San Sebastián, donde la conoció. Casi preferiría no saberlo ya. Los rumores decían que lo había concebido con uno de los principales jauntxos comarcales. Pudo verla en fotos, tomadas en el palacio o el balneario, con ella como asistente del matrimonio; y sabía de su negativa a abortar en Inglaterra o en Francia cual le propusieron. Apesadumbrado por la desgracia y azuzado por la curiosidad, las lee finalmente:

“Hijo mío. ¡Qué felicidad poder hablar contigo ahora que estás hecho un hombre! ¡Eres el orgullo de tu madre! Jamás lo olvides. Te beso cada mañana y doy gracias a Esteban por cuidarte; y a Dios por lo mismo, y por haber puesto su don en mi vientre. Es hora de que sepas detalles de tu nacimiento. Te ayudará saber que eres un hijo del deseo. Un regalo celestial. Supongo que sabrás bastantes cosas, pero conociendo cómo funciona la sociedad, no estará de más que te las confirme o corrija. Te harás mil preguntas, así que me centraré en la que, imagino, será tu principal incertidumbre. ¡Saber quién es tu verdadero progenitor! Verás hijo. Es una historia tan sencilla y natural como difícil de contar por las emociones que me suscita. Era el día de San Juan y los señores de Henry daban la fiesta de bienvenida al verano. Estarás al corriente de que yo servía allí. Entre los invitados, formando parte de la orquesta, estaba un famoso tenor de ascendencia vasca desarrollando su carrera en México y Venezuela. Aún los recuerdo llegar jubilosos. Tu hacedor, vestido de traje blanco a juego con el descapotable. Moreno y con la sonrisa llenándole la cara. Nunca conocí a nadie de espíritu tan libre. El pelo de cobre bajo el sombrero, cual supongo será el tuyo. Muy creyente y de familia señaladamente carlista, creo. Congeniamos tanto, y la noche era tan cálida y hermosa, que Dios y las estrellas se confabularon para que nacieras tú. Después, partió a sus obligaciones sin que lograra encontrarle, ni haya vuelto a verle. Desconozco, siquiera, si sabe que existes. Me dejó tu felicidad. Sólo el Altísimo sabe por qué se me llevó tan pronto. Hubiera querido vivir años y años contigo. La fe debe hacer que estemos seguros de que hay una razón y es por nuestro bien. Y aunque el dolor de estar separados sea inmenso, es mayor la alegría de saberte gozando de la vida y que volveremos a

juntarnos por siempre. ¿Verdad que ya estás más contento? Yo también, hijo mío. No tengas prisa. Honra los dones de la vida. Es muy bonita y merece vivirse con intensidad. Es lo que hicimos tu progenitor y yo la noche de tu concepción. Por eso estás en la tierra.

¿Qué más decirte, hijo? ¡Sigue adelante! Te quiere y besa sin cesar, tu madre”.

Los sentimientos se le clavan en las entrañas y tentado está de volver a recogerlo.

—De ahí que fuera reacia a hablar de ese capítulo de su existencia. De lo más frecuente —se dijo—. Lo normal. Y pese a su talante plácido se descubre pensando agrio. Criada humilde seducida por gente de bien vivir, que después se desentiende y se lo carga a los pobres de buen corazón. ¿Qué puedo hacer? Conmigo no estaría bien. Si ni él ni sus allegados de sangre lo quieren, ¿por qué tengo que quedármelo yo?

“Hola, Esteban. Siento infinito haberte hecho esta faena. No era mi intención, pero... La voluntad y razones de Dios nos son incomprensibles. Es tremenda la responsabilidad que cargo en tus espaldas. El señor quiera recompensarte por la generosidad de acoger a mi hijo como me acogiste a mí cuando lo necesitaba. Te estaré eternamente agradecida. Sé que serás un buen padre. El mejor. Gracias de corazón, Esteban. Doy por cierto que, pasados los años, Xalbador te ayudará igual que le ayudas ahora. Así lo deseo. Quiero asimismo contarte lo que en vida no tuve fuerzas. Mereces saber qué pasó. El porqué de hallarme tan desmoralizada. Sólo te pido que, una vez leas la carta, la quemes y quede entre nosotros. ¡Prométemelo! De nuevo, gracias, gracias, Esteban.

Tenía dieciocho años. Llevaba unos meses sirviendo a los señores de Henry. Daban una fiesta con docenas de invitados, todos de postín, venidos de Bilbao, Madrid, Francia, Italia... Los jardines iluminados y engalanados de guirnaldas. Tocaba una orquesta llegada de América, con lo menos una docena de músicos entre bailarines y cantantes, contratada por un conocido tenor durangués amigo de los señores. Y seríamos cerca de veinte los miembros del servicio que les atendimos. Podrás

imaginar fácilmente cuánto se bebió y comió. Era el 24 de junio y alguien propuso hacer una fogata para cumplir con el rito de echar al fuego lo malo y predisponerse a tomar lo que ofrece el mundo y disfrutarlo sin cortapisas. Las llamas hicieron su trabajo. Ardieron entre risas hasta bien entrada la madrugada, y poco a poco, los de más edad se fueron recogiendo. Quedan los jóvenes charlando o bailando animadamente. Los señores estaban satisfechos de que todo estuviera saliendo rodado. Veo que me estoy alargando innecesariamente. Discúlpame.

También había bebido, aunque no acostumbro. El ambiente lo propiciaba. Los sirvientes, con permiso de los anfitriones, pudimos sentarnos a descansar en el porche. La orquesta suavizó las melodías con boleros al gusto de las parejas. Recuerdo la enorme luna incendiada ir gradualmente haciéndose pequeñita y blanca. Reflectaba sobre la trompeta, el saxofón y las lentejuelas de las bailarinas de piel tan bruñida que daban envidia. Al rato, el cantante se acercó dirigiéndose a mí en euskera. Era muy simpático y locuaz, pese a ser de los que menos había bebido. Hablamos de nuestros respectivos pueblos y del país tan bello que tenemos. La orquesta se unió a los jóvenes alrededor de las brasas e hicieron un corro que no tardó en convertirse en un juego divertido de deseos a cumplir según dispusiera el azar, como se hace en esas ocasiones. Nos invitaron a participar del jolgorio y, dado que los señores se habían acostado, varios de los sirvientes entramos al círculo. Alguien comentó que, en el pasado, en noches similares se hacían akelarres, y que en la zona los había habido muy famosos, tal que los protagonizados por feligresas de Deba cohabitando con los sacerdotes de su parroquia. No entraré en más detalles. Te haría daño. Al amanecer me encontré al lado del río tumbada junto a él. Regresé lo más rápido que pude, justo a tiempo de preparar los desayunos. Lo que pasó después lo conoces bien. La mayoría partió antes de comer. Se despidió de forma gentil y afectuosa. No había tiempo de más. Dos meses después supe que estaba encinta. Le escribí repetidas veces a una dirección que me dieron de Montevideo. No recibí respuesta. Al parecer, estaban constantemente de gira. No tengo nada que reprocharle.

La decisión de tenerlo fue mía. Aunque abrumada por las circunstancias, me deprimí muchísimo. El embarazo se hizo evidente y fue cuando apareciste tú en San Sebastián. No te importó mi estado. Congeniamos y nos casamos. El aprecio que te tengo es inconmensurable, bien lo sabes. Un amor tranquilo que me reconfortó y puso el sosiego que necesitaba. Unos años felices que la enfermedad ha desbaratado. Ganas me dan de maldecirla si no ofendiera a Dios. ¡Cuánto lo siento amor mío! Resistí cuanto pude. Por ti y por mi hijo. Y ya ves el final... Tienes que perdonarme que prefiriera no revelarte quien era el progenitor. En el fondo, no era necesario. Se fuerte y rehaz tu vida. Acompáñate de una mujer alegre y más sana que yo. Lo mereces y no vales para estar solo. Xalbador te ayudará, ya lo verás. Ahora, te lo ruego, deshazte de esta carta. Y ten fe en que tendremos una segunda oportunidad de estar unidos. TQ, Ignacia. Todos los besos del mundo, marido”.

Los demonios del remordimiento y las emociones lo azuzaban. Solo el relente del anochecer logró sacarlo del laberinto torturante de los pensamientos. Acalló la conciencia recordando los tiempos gratos y bebiendo hasta el aturdimiento en una taberna del casco viejo, bien entrada la noche.

Parecido trabajo, cumplían los sueños de su hijo en el silencio sepulcral impuesto por la campanilla del orfanato de las nueve y media de la noche. Se ve en la huerta caminando detrás de la madre mientras cultiva verduras o recoge los tomates que llevan los veranos al mercado de la ciudad y a un conocido bar local, famoso por los asados de cordero y chuletas acompañados de ensalada y txakolí. Llama su atención poniéndole en una mano las minúsculas semillas y en otra el preciado fruto rojo:

—Ahora eres como estos granitos. Y con el cuidado de la tierra, te convertirás en esta maravilla. ¿Qué te parece? Son los milagros de Dios. Por eso, tienes que decir: “Gracias, Sr.”

El niño se había dormido diciéndolo.

—¿Entonces, nació el año de la guerra y soy huérfano de una actriz del bel canto y de señor importante, que fallecieron en accidente de coche cuando se iban a casar?

—Así es —le mintió Sor Beatriz.

—¿Y no tenían familia?

—Ninguna. Eran hijos únicos y sus padres, tus abuelos, habían fallecido.

—¡Qué mala suerte!

—Al contrario. Tú eres la buena suerte. Un hijo del amor. Alégrate. Hay muchas personas que no lo son.

—¿Y eso?

—Eres muy joven para saberlo todo. Ten paciencia.

—De acuerdo, Madre. Venga, cuénteme lo demás que pasó.

—Si lo conoces de sobras... Vivieron una apasionada historia de amor muy cerca de aquí. Por eso eres tan guapo y elegante.

—Una vez más, por favor.

—Un resumen; que tenemos y tienes cosas que hacer.

—¡Vale!

—Es más. En primavera, pediremos al Sr. obispo ir un día a que veas el palacio, aunque está abandonado desde que murieron.

—¡Yupi! —gritó alborozado el muchacho.

—Pues érase una vez, un precioso valle euskaldun donde vivían una bellísima cantante y un rico y guapísimo militar de carrera que convalecía en su palacio de las gravísimas heridas recibidas durante el asedio carlista a las villas de Azcoitia y Azpeitia. Él la escuchaba cantar desde la habitación.

La voz grave y poderosa del Obispo entrando en el jardín cortó la narración. El mitrado reprobó que la novicia sostuviera en las rodillas a Xalbador Munío. Éste aparecía como un lustroso mancebo de catorce años, sin desarrollar aún, contento de la atención, juegos y cuentos que le dedicaban las hermanas.

—No es propio, Sor... Es un hombre ya. Deben dejarse de fantasías y prepararle para la dureza del mundo que le espera fuera. Lo he inscrito a fin de que, en octubre, comience su formación sacerdotal en el primer curso del nuevo Seminario de San Sebastián.

LA DEPENDIENTA DE ROPA

Ex ungue leonem.

Por la garra se conoce al león.

-Johan Bernoulli-

El descenso del puerto es fulgurante con el conductor haciendo honor a su apodo. Dejan a la espalda un hombre atado a un árbol tiroteado en la rodilla y aterrorizado.

—No conduzcas tan a lo Fitipaldi. No vayamos a llamar la atención. Confiemos que pasada la hora punta se hayan disuelto los atascos de rigor en Ermua, que últimamente... Los tres encapuchados conducen un potente turismo robado a punta de pistola la víspera. Son miembros de un comando de ETA que acaban de atentar contra el directivo de una fábrica en huelga y tratan de ponerse a salvo. Pertenecen a los llamados legales, personas sin fichar por la policía que llevan una vida social normal.

—Perfecto. ¡Quitaos las capuchas! Y reduce aún más la velocidad. Atentos a todo.

A la entrada de Eibar, el que parece estar al mando pregunta al de atrás si encuentra sospechoso algún vehículo siguiéndoles.

—Gente normal.

—Ok. Cien metros después del límite de provincias, coge la desviación a la izquierda y sube a la base de las torres.

—¿No es dirección prohibida?

—Hasta media cuesta se puede.

El semáforo parece ponerse de su parte y favorecerles la huida, cambiando a verde según llegan.

—¡Bingo! Lo sabía. No hay ni dios en este callejón sin salida. Da la vuelta y aparca junto a los garajes. Me bajo aquí. Vosotros, volved. Salid por donde hemos entrado y abandonad el coche en el aparcamiento de San Lorenzo, pegado a la ermita. Nos vemos donde siempre dentro de dos días y a la hora de siempre.

—Adoz.

El único que sigue con el rostro tapado, desciende del coche dándoles la espalda al tiempo que se quita el verdugillo azul mahón. Lo estruja con la mano zurda y se lo mete al bolsillo mientras se acerca a la valla que da a una zona con matorrales. Lo tira dentro con disimulo y acelera sus pasos camino del ascensor que lo suba al barrio de Amaña.

—Es un tipo muy temerario.

—Nosotros a lo nuestro. Sal de aquí rápido.

Los compañeros desconocen su identidad. A lo sumo verán las patillas de las antiparras y la barba antes de que desaparezca rodeando una de las tres moles de edificios de muchas plantas, típicas de los pueblos encajonados en los valles del País Vasco.

Sin mirar atrás, tarda pocos minutos en alcanzar el Centro, atravesar la primera plaza que festejó el advenimiento de la República y franquear la entrada de la tienda de ropa más cara y mejor surtida de la localidad. Para dificultar su reconocimiento, prefiere quitarse las gafas correctoras aun a riesgo de la incomodidad de ver peor. Acostumbra comprar allí. Una de las hijas de los dueños, muy espigada y de ojos inexpresivos, le gusta. Suele buscar ser atendido por ella, pero en esta ocasión, es la madre quien se le acerca.

—Buenos días. ¿Qué desea el caballero?

—Egun on. Praka eta alkondara behar ditut, mesedez.

—¿Oso ondo! ¿Klasikue ala Sport gura duzu?

—Klasiko, baina informala.

—Kasuala orduan, baina dotoria, ezta?

—Hori da. Bataio baten aitabitxia naiz.

—Ederto. Lagaidazu lepua neurtzen.

—Noski.

—Bost.

—Sentitzen dut baina oraindik ez dakit ondo euskeraz. Zurea oso saila da niretzat.

—No se preocupe. Tampoco yo entiendo el Batua. Lo importante es la intención.

—Saiatzen naiz, baina... Nahiago dut, gastelaniaz berba egin.

—¿De dónde es, si puedo preguntarle?

—De un barrio cercano a Azcoitia. Ahora trabajo aquí. ¿Y Vd.?

—Del mismo Eibar. ¿Es la primera vez que viene?

—No, he comprado varias veces. Me atendieron otras señoritas.

—Alguna de mis hijas, seguramente. O de las dependientas.

—Tiene una tienda muy bonita. La veo siempre con gente.

—Casi en 1970, como estamos, es una villa próspera, pero tendría que habernos visto hace años. Quedó destrozada por los bombardeos durante la guerra. Ha costado mucho recuperarse de aquello. Una vida entera hemos gastado aquí mi marido y yo. Esperamos poder dejársela bien a las hijas.

Hablaba ese castellano con dejes rurales tan típico de los vascos. La amabilidad que mostraba con la señora era impositada. Sus preguntas tenían la doble intención de radiografiar el tipo de personalidad de los comerciantes, y, dependiendo de las conclusiones, decidir el importe del impuesto revolucionario a solicitarles en la campaña que ETA había puesto en marcha. Tenía informes de la trayectoria política familiar y estimaciones de los ingresos obtenidos por disponer de datos confidenciales, extraídos de alguna cuenta bancaria.

—La camisa le sienta muy bien. Ya sabrá que a su piel blanca le favorece lo oscuro.

—¡Anda! No lo sabía.

—Pues sí. Fíjese en adelante. Y dado que tiene la cabeza pequeña -discúlpeme Vd-, mejor que las use de cuello mao; y chaquetas de poca solapa. Por el contrario, siendo delgado y de piernas largas, no vista pantalones pitillo. Le adelgazarán demasiado. Pruébese estos, a ver qué tal conjuntan.

—¡Caramba! Sí que es Vd. observadora y profesional. Creía que solo las peluqueras tienen en cuenta la forma del rostro a la hora de cortar el pelo.

—¡Y nosotras! Cada cuerpo es distinto. Y aún le diría más. Hasta los gestos y la manera de andar son importantes a fin de vestirse elegante. Son muchos años de pruebas. Además, ser modista ayuda. Vístase, en ese probador, y luego, si quiere, salga y le daré mi impresión. No es habitual que un hombre venga a comprar solo. Es usted valiente.

—Tutéeme, se lo ruego. Mi madre es parecida a Vd. Medio modista, y acompañándola he aprendido lo suficiente como

para atreverme a hacerlo ahora que no está conmigo. Las hermanas, también suelen aconsejarme. Claro que hoy estoy aprendiendo detalles interesantes. Se lo agradezco.

—Estaría bien que los chicos hicieran igual. Déjeme decirle que son mejores compradores que las mujeres. Casi todo les gusta. Ellas, pegas y pegas, para, al cabo, irse sin comprar.

—Já, já. Es un consuelo.

Regresa sonriente, predispuesto a la evaluación.

—Bueno, ¿cómo me ve?

—Está para ir de fiesta. A los jóvenes de su planta es difícil que la ropa les sienta mal. ¡Bendita juventud!

—Empiezo a pensar que me adula adrede. Pero no es necesario. Es muy convincente. Le compraré de todas maneras.

La señora sonríe al cliente con quien parece encontrarse a gusto.

—¡Créame que no! Mírese en el espejo y verá que le cae cual un guante. Si no me cree, puede preguntar a cualquiera de las clientas. Solo falta que acertemos con la chaqueta.

—Soy más de jersey, salvo ocasiones especiales. De verdad que no la necesito. Tengo alguna cazadora.

—Ah, eso sí que no. Su madre se lo habrá dicho y lo ha olvidado, seguro. Siempre hay que ir conjuntado. Y la mejor manera de lograrlo es comprar las prendas a la vez. Incluso, la corbata y el jersey; los zapatos y los calcetines. Eso de combinarse luego en casa no suele funcionar. Que las tonalidades encajen es fundamental si no quiere estar a medias o improvisando.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Hágame caso. Y ahora, venga conmigo, que hoy sale Vd. de aquí vestido según Dios manda. Faltaría más. Un padrino es un padrino. ¡Marina, acércame agujas y metro!

La *marinera* que las trajo era una virgen espigada y de tonos negros desde el cabello a las zapatillas de trabajo.

—¿Me ha dicho que se llamaba...?

—Bingen. —le miente.

—Bonito nombre. Original. No sé si lo he oído antes. ¿Qué significa?

—Vicente.... Por el abuelo.

—Con ésta irá Vd. hecho un pincel.

EL COMISARIO

¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia?

-Cicerón-

—Es el cuarto atentado en su zona en menos de un mes, ¿y no puede decirme nada?

—Tengo a todos los agentes disponibles ocupados en el asunto, pero la calle es una tumba.

—No me hable de tumbas, Simón, que de esas sabemos bastante. ¡De más! ¿A nadie se le ocurre qué hacer a fin de detener esta sangría? Y no me vengan con que necesitan más dotaciones. ¿Para qué nos sirve tanto adiestramiento contra insurreccional, si a las primeras dificultades entramos en parálisis? ¿Eh? Díganmelo. Un comando suelto y a sus anchas por ahí, y nosotros al *dolce far niente*.

El policía al cargo de la brigada político social del Bajo Deba, es consciente de la gravedad de la situación. Su estado de ánimo decaído le retrae de confrontar los ojos gélidos del superior. Parecida actitud muestra su homólogo del Alto Deba y los mandos de Policía Nacional y Guardia Civil asistentes a la reunión, convocada de urgencia en el cuartel de La Salve, de la capital vizcaína.

—Las instrucciones son claras. Hay que dar con esos hijos de Satanás. Madrid está que fuma en pipa.

Quien tan airadamente los interpela es el que todos saben que va a ser nombrado en 1969 como responsable especial antiterrorista. El traje que viste y el impoluto afeitado y agominado del cabello refuerzan su autoridad. Su mirada es opaca. Recorre la estancia mordiéndose el labio inferior y chasqueando nervioso los dedos. Cruza las pupilas con los uniformados de los cuerpos que son objeto de parecidos apremios.

—Quizás deberíamos remover el avispero. Echar humo para que salgan del nido.

—¿Quiere más jaleo del que hay?

El gallardo mando de edad, frisando los cincuenta, se afloja el nudo de la corbata, aprieta un instante el puño y se quita resuelto la chaqueta. La camisa de amarillo limón intenso es de manga corta y contrasta con los brazos de piel cetrina natural. Se pone delante del autor de la sugerencia y lo observa fijamente, dando la impresión de que puede arremeterle, pero frunce el ceño, levanta el índice y comenta:

—Me ha dado Vd. una idea. No nos conviene que la montaña se nos venga encima. Los políticos y toda la sociedad... Así que haremos cuál ellos. Seremos nosotros quienes entremos dentro de la montaña.

—En tres días, -cuatro a lo sumo- quiero sobre mi mesa los nombres de tres personas con huevos... ¡Y con cabeza! Sé que es una combinación que no abunda, pero encuéntrelos. Vamos a meterlos dentro del cubil. Los mejores candidatos, ya lo saben, idealistas jóvenes y autóctonos. Tal que los pistoleros.

—Pero...

—Que los busquen y me los traigan, he dicho... Denle a la imaginación. Con un insensato que acepte, bastará. Búsquenlo en el más allá, si es preciso. Si no tiene corazón, mejor. Y si es mujer, que les voy a contar.

Una sonrisa triunfal le humaniza por fin el rostro. Cuando la tensión se relaja y parece que dará por terminado el encuentro, animado por la acogida dispensada a su anterior propuesta, el joven subcomisario, también de buena planta y adornado de un cuidado bigote, se atreve a hacer un apunte:

—Igual son dos los comandos.

La sorpresa detiene los pasos de quienes se preparaban a salir.

—¿Por qué lo dice?

—Parecen actuar y comportarse de forma diferente.

—Explíquese.

—La mitad de los atentados denotan desprecio por las víctimas, mientras que el último secuestrado y el tiroteado, así como el dueño del coche robado, refieren haber sido tratados dignamente. Las cartas y los comunicados reflejan sensibilidades humanas distintas. No es la primera vez que sucede.

—Es una posibilidad. Buenos días, caballeros. ¡A la faena! Simón, quédese un momento.

1ª PARTE (1956). LA
TIERRA PRESA

¡Oh, tierra mía!
¡Mi tierra...!
¡Oh, tierna mañana, nacida sonriendo
dulce...!

Verdes maizales, montes, viejos
caseríos;
manzanos que el rojo fruto abruma.

Todo velado
por una tenue niebla; y dorado por el
sol...

Labrador,
parecido a un gigante erguido sobre la
heredad.
¡Dichoso tú!

Por tu orilla,
mi patria de deseo, corre locamente el
tren (y yo dentro de él)...

¡Oh, tierra mía!
¡Ojalá fuese tuyo; y, cultivándote,
me saciaras de tu premio...!

Mas... no puedo;
la vida hirviente del llano me lleva...
¡Adiós, heredades, manzanos, montes...!

-Lizardi-

JUDITH

El arte es producto del dolor.

—Una pena verlas así tiradas por los suelos. ¿Verdad, Padre?

—¡Ah, Judith! Sí, aquí estaba. Contemplando estas piedras amontonadas.

—Los apóstoles de Oteiza. ¡Cuánto trabajo desaprovechado!

—¡Y cuánto sufrimiento! Cuánto intento de negarnos como pueblo... ¿Conoce el posible significado oculto del friso? Permítame que se lo cuente. Conste que son meras suposiciones. Pero que acabaran en tierra, algo da a entender. Contienen ideas opuestas a los deseos del régimen y la iglesia vaticana. La concepción de esta piedra es revolucionaria. Debe prometerme que será discreta.

—Prometido.

—Le confesaré que, entre los evangelistas tallados, hay mujeres. Tal y como es sabido que acompañaban a Jesús. Fíjese en estas líneas horizontales cinceladas justo antes de las rodillas. Recuerdan la orla blanca de las faldas de las amamas y las dantzaris.

—¡Fascinante! Inimaginable. ¡Qué astucia tan sutil!

—La iglesia sigue sin querer reconocer la presencia de féminas entre los seguidores de igual a igual. Ni aceptar su ordenación sacerdotal

—¡Exacto! Cuesta entenderlo. Alguna explicación ha de tener más allá de la misoginia.

—Se dice que, y lo veo plausible, que es una defensa levantada contra la atracción sexual, de suyo tendente a desbordarse. El deseo de la mujer esclaviza la voluntad de los varones. Pero es imposible poner puertas al campo. Un error que los protestantes corrigieron y las Iglesias católicas habrán de enmendar.

—Pienso similar a Vd.

—Es absurdo negar la realidad. Antes o después lo tapado resurge y se muestra cual es, para alarma de quienes lo temen por empeñarse en desconocerlo. Fíjese el escándalo producido en Francia por la película “Y Dios creó a la mujer”.

—No la he visto.

—Nada de otra galaxia. Una señorita atractiva, que gusta mucho a los chicos. Sin más. ¡Cual Vd.! Puedo decírselo porque mi edad me exime de incomodarla, supongo.

—No se preocupe. Le entiendo. Había oído que en la cabeza de Oteiza estaba, también, homenajear a los gudaris muertos.

—No le extrañe. A los grandes imperios, incluida la Iglesia, no les gusta la diversidad, porque dificulta la gobernación o el adoctrinamiento de las gentes.

—Da pena semejante creatividad artística desperdiciada y olvidada.

—El signo del mundo, hija. Acabar todos muertos. Civilizaciones y personas. ¡Qué triste verdad es esa de que polvo somos y en polvo nos convertiremos! Supongo que tengo ya muchos años. Viéndolas, he recordado mi última estancia en Tierra Santa. Miles y miles de piedras derruidas. Las obras soberbias y babélicas de los hombres; sus sueños y materialidades desplomadas pese a la belleza o el significado profundo de las construcciones.

—Pero si es Vd. el hermano más activo de la comunidad, según he podido comprobar. Enfrascado en estudios de antigüedad y muy viajero, me cuentan.

—No crea todo lo que dicen. Aunque sí, la historia de las civilizaciones me apasiona. Descubrir las huellas borradas del camino, antes de que se pierdan por siempre. Saber quién pasó antes y cómo eran. En particular, los antepasados.

—Coincidimos en el interés, padre. Ya sabe que soy filóloga

—Sé que es una estudiosa del euskera. ¡Qué bien! Ambos detectives del pasado. Días atrás, me comentaron su llegada, y tenía pensado hablar con Vd., ofrecerle mi colaboración.

—Muy amable.

—¿Le interesa conocer unos trabajos míos al respecto de dónde pudimos empezar los vascos? Es una hipótesis que surgió con motivo de una visita a la ciudad de Mari en Israel.

—Estaré encantada.

—Son solamente unas ideas sueltas, que me tienen ocupado e ilusionado. Pensará que son las ensoñaciones de un viejo fraile deseoso de hallazgos inéditos, pero créame que las piezas encajan. Yo mismo estoy asombrado y hasta un poquitín asustado de que sean ciertas. Me ayudará conocer su opinión. Le animo a que lo coteje.

—¡Será un honor!

Judith ve al fraile extraer de una caja docenas de folios con anotaciones. La imagen de su aposento es idéntica a las grabadas por todos en la retina acerca de los espacios y enseres de los monjes añosos. El anciano, mal que bien, parece encontrar lo que busca dentro del barullo de papeles. Selecciona algunos y se los ofrece a leer.

—¡Dios santo! Sí que ha trabajado Vd.

—Una vida de recopilaciones que estoy queriendo unir en lo que tengan de conexión entre sí. Son investigaciones de eruditos israelíes sobre Armenia y Georgia que tuvieron la amabilidad de compartir conmigo. Empiece por éste. Habla de Ararat. Y, o me equivoco mucho, o pueden ser parte de nuestros orígenes. Observe las múltiples coincidencias de las raíces de esos idiomas con el vascuence.

La investigadora se toma el tiempo de contrastar algunas.

—¡Dios mío! A primera vista, hay semejanzas increíbles. Tiene que dejármelas leer.

—Por supuesto. Será un placer transmitírselo a una nueva generación. Tal vez sean meras similitudes léxicas, fruto del azar. El comienzo es un misterio que se resiste a la revelación.

—Muchísimas gracias.

—No hay de qué. Ahora tendrás que disculparme quiero escuchar las noticias de la radio referentes a la revolución húngara enfrentándose a la invasión rusa. Tengo ese defecto, además de que una comunidad de hermanos franciscanos vive allí. Si quiere acompañarme... A ver si pronto podemos verlas en televisión española. Parece que las emisiones de prueba están al caer. Así estaremos un poco mejor comunicados con el exterior de lo que lo estamos, aquí arriba entre montañas.

MUNÍO

Dale una máscara y te dirá la verdad.

-Oscar Wilde-

Munío, el joven fraile recién llegado a Arantzazu desde Salamanca, ha sido designado, a petición propia, para la homilía del día de San José Obrero. Erguido sobre el estrado, habla de Jesús resaltando el sufrimiento de sus padres al tener que huir a Belén perseguidos. La becaria asiste a la misa y se siente atraída y apiadada por el halo de dolor que percibe en el oficiante.

—Egun on, entzule maitiak, aitaren egunean seme abotza entzuten. Pozik nire amaren lurra itzultzen gatik, eta zuekin elkartzen Salamanca egon ondoren urte batzuk. Estoy muy feliz de regresar a la tierra mía y de mi venerada madre, de celebrar esta homilía el día del padre que hoy festejamos.

¿Quién mejor que el retoño a fin de honrarles? Así fuera el hijo pródigo. Él es la voz que mejor puede hablar por ellos. La estampa viva del creador hecho a su imagen y semejanza. “Este es mi hijo bien amado en quien tengo puestas mis complacencias”, dicen los textos sagrados con razón.

¿Cabe mayor alegría que la de escuchar estas palabras? La esperanza en la maduración del fruto que traiga prosperidad a la casa familiar; que limpie de malas hierbas la tierra dura aportando su fuerza y saberes. No afecta el pasado ni el porqué. Ni tan siquiera de quién es la semilla germinada. Atañe el amor del que nace la nueva carne. Alimento del alma, regocijo del que la escucha y recibe calor y providencia. Su presencia deja atrás la sorpresa que, como esposo de María, tuvo al conocer la noticia de su embarazo inmaculado, la duda del origen divino del mensaje. ¿Qué incumbe todo eso delante del milagro de la gracia encarnada? Importa ser digno hacedor de una criatura reflejo del creador. He aquí que me es ofrecido el don de criar al regalo de su vientre. Señor,

ante ti me postro y dispongo. Hágase en mí según tu voluntad. Viendo a este hijo tuyo lo hago mío porque es fruto del amor tuyo por los dones de María, a quien elegiste por sus bondades para ser progenitora de la humanidad. ¿Qué puedo hacer, sino protegerlo, honrado de que lo deposites a mi cuidado? Por eso, escaparemos de cuantos peligros nos acechen y nos abriremos a los que glorifiquen su nacimiento, cuál hicieron los reyes de Oriente.

Munío siente con excitación contenida la atención de que está siendo objeto por los feligreses. Hace una pequeña y estudiada pausa de oratoria, que los deja expectantes de la continuación, y prosigue:

—Vicisitudes aquellas, queridos hermanos, que nos acercan a la realidad actual. Al drama de tantos sufriendo por actos considerados impuros. Perseguidos en orden a su rebeldía, origen, creencias o raza. Bien mirados, muchos, hijos prodigos de normas sociales que no pueden aceptar prefiriendo tomar caminos diferentes. ¿Deben por ello ser abandonados a su suerte o, más bien, recibir la bendición generosa a su atrevimiento? ¿Merecen el perdón del padre y la comunidad por las controvertidas tareas emprendidas?

Pido que lo pensemos bien, porque esta es la reflexión que me suscita la epopeya del alumbramiento de Jesús. Cualquier nacimiento ha de ser ensalzado. Y no lo digo a ciegas. Quiero trasladarme a los tiempos nuestros en los que se mira, y con recelo, el origen del gestado, que lleva a veces a decidir el crimen de abortarlo. La paternidad de José también se enfrentó a maledicencias frívolas. Seguro. Pero tuvo la gallardía de aceptar a Jesús como hijo suyo y educarle en los preceptos y valores de la comunidad, darle una familia y el amor que toda criatura merece. No repudió a María; no insistió en cuestionar su honorabilidad sin mancha. Asumió el mayor de los desafíos que encara un ser humano: la puesta en duda de la honra de su mujer. Y lo logró gracias a la fe inquebrantable y la conciencia lúcida de lo verdaderamente trascendente. Demostró tener una talla por encima del común de los mortales. También él fue elegido por Dios, no por casualidad. Se sometió a los designios del Ser supremo con la humildad del hombre de bien y sensato.

Sentía la embriaguez que producen las palabras bonitas, cuyo agradable aroma devolvían las miradas conmovidas de los oyentes. Hizo otra pausa y se dispuso a terminar. Lo hizo dando un giro no exento de riesgo que sorprendió la ortodoxia de los frailes asistentes.

—No se me oculta ni hurto la posibilidad de que Yahvé se valiera del embarazo de María para, saliendo en su defensa, sentenciar que cualquier existencia es decisión suya y tiene que ser respetada, incluso en los casos de violación o relaciones prohibidas. Más aún, impone como precepto darle siempre amparo y calor de hogar. Ese es el gran honor que le cabe a José y a muchos cuyo ejemplo compensa reconocer y seguir. ¿Y qué decir de María? La mujer que queda, aún más que José, afectada y en entredicho por la decisión unilateral del Altísimo de hacerla madre; obligada, contra la lógica terrenal, a defender la intachabilidad de su comportamiento marital. Quizás fue ella la primera persona en el mundo que empleó la palabra “*Pero*”, delante del ángel anunciador del milagro.

¿Pudo Dios encarnarse en hombre y fecundarla tal cuentan los mitos griegos? Nunca lo sabremos. La cuestión pertenece al misterio divino que la fe insta a creer. Breve fue su reparo. En cuanto sintió dentro de sí la carne de su carne, lo amó con todas las fuerzas de que es capaz una mujer encinta.

¿Cabe mayor admiración que la que nos produce este hecho que celebramos en cada gestación? No nos dejemos amilannar por actos que indican humanidad. Reivindiquemos la naturaleza, como lo hacen los artistas desde la antigüedad. Desterremos falsos pudores. ¡Y admirémonos de los dones maternos! Alegrémonos contemplando la fuente de la vida. Son bastantes las estatuas de la virgen que la muestran alimentando a Jesús. ¿Hay algo más bonito que los pechos fecundos de las mujeres? Sigamos el ejemplo que nos dieron. Palabra de Dios...

—Te alabamos, Señor.

—Pongámonos en pie.

Un leve murmullo de estupefacción y respiro acompañó el levantamiento de los asientos.

EL PARAÍSO

Vocem quam audivi sicut citharædorum citharizan tium in citharissuis.

Cargada por varias horas de lectura en la celda conventual, necesitó salir a la galería acristalada a fin de despejar la mente. Así y todo, durante unos minutos, continuó con imágenes de lo recién leído.

—¿Será verdad que provengamos de las estribaciones del monte Ararat? ¿La Urartia mencionada por los antiguos hebreos en la biblia al norte de Mesopotamia? Nada menos que de tiempos anteriores a Egipto. Los dominios de Urartu. Y cabe la posibilidad de que pobláramos el Paraíso terrenal. No sé si considerarlo una hipótesis divina o aterradora. Desde luego, su ubicación en el altiplano habitado por las llamadas tribus proto-armenias, es verosímil. Lo cita hasta el antiguo testamento. Un territorio de pastores al que sus genuinos habitantes llamaban Vas. Cerca del lago Van. Entre Armenia, Georgia, Azerbaiyán y el Kurdistán... Textos cuneiformes del siglo XIII a.c., mencionan una alianza tribal guerreando contra Asiria. Tengo que verlo en los mapas. Solo falta que se parezca a Euskal Herria. Cuesta hacerse a la idea. Asusta, incluso. En los manuscritos descubiertos, pone, también, que el mayor de esos Estados era Mitani, y que duró cuatro siglos, sucumbiendo bajo ofensivas enemigas que lo fragmentaron.

—¡Eureka! —dijo sobresaltada—. ¡Lo tengo! Bien pensado, se asemeja mucho a nuestra historia. Países asaltados por imperios extranjeros en expansión, como lo fueron la corona de Aragón y Castilla, o los feudos Francos y Aquitanos, saltando voraces sobre el reino de Navarra. Tendré que profundizar en esta línea de investigación.

Judith seguía rumiando el contenido de los legajos, según paseaba de un lado al otro del largo pasillo del convento erigido al borde del acantilado. A sus pies, la tarde declinaba.

Días después de arribar adelantada y desapercibida, desde los ventanales del internado pudo ver a la culebra otoñal moverse en la quebrada y descender sinuosa la ribera. La honda cárcava aparecía pintada al óleo a los pies del ventanal del claustro de profesores del Colegio del Santuario de Arantzazu que regentaban desde 1501. Se extendía de este a oeste semejando una sierpe de ocres que reptara río abajo con la esperanza de topar un follaje cálido donde reposar de una fatiga de siglos y tener progenie, o tal vez una presa tierna que devorar.

Desde la misma galería, la contemplaba una mirada de musgo con pupilas igualmente mimetizada con el entorno. La piel le blanqueaba ya el punto de muda en las sienes. La silueta del hombre apostado al fondo del pasillo, y a quien había escuchado en la misa de San José, extrajo a Judith de sus cavilaciones.

Recién doctorado, aquel desconocido, camuflado tras el cristal, guardaba su lengua doble dentro de una boca bien perfilada de mandíbulas desencajables. Había llegado con la misión de formar una nueva generación de jóvenes estudiantes en régimen de internado procedentes de los entornos rurales de Euskadi. En su maleta de viaje, la ropa en clave de quita y pon con el extra de una camisa blanca, cuello Mao, arrugada por la docena de libros echados encima. Pese a los pocos años, unir su carácter reflexivo con la visión del atardecer coloreando las imponentes calizas, le hizo entristecerse.

—Llevan aquí milenios, y por milenios continuarán cuando de mí no quede ni polvo. Ninguna ambición; ninguna pretensión.

Ejercer la docencia en un lugar apartado había sido su elección. Su carácter pétreo y perfeccionista encajó mal con la curia intelectual escolástica que regía la ciudad universitaria más longeva del Estado; y mejor, con la voluntad de cambiar el orbe que encontró en un compañero de residencia. En corto tiempo, las conversaciones que, a modo de maestro y discípulo, entabló con aquél vasco de Oñate, le hirvieron dentro de manera similar a las revelaciones de Moisés en el Sinaí:

—No se trata de pensar el mundo, sino de transformarlo. ¿Has oído hablar de Leonardo Boff? ¿Crees que de seguir así

no terminaremos siendo los personajes lelos y autómatas de Huxley?

—¿A qué te refieres?

—¿Has leído “Un Mundo Feliz”?

—¡No!

—¡Pues estás tardando! El futuro ya existe, amigo. Léelo y me dices si te gusta.

Cuando un par de años después concluyó los estudios de filosofía, especializado en hermenéutica teológica, era un ser muy distinto al mozalbete que pisó las aulas de Unamuno con diecisiete. Profesaba la fe romana en boga de la mayoría de las clases asalariadas del planeta, excluida la llamada aristocracia obrera, atea del todo. Salvo por su religiosidad, era un ejemplar cultivado del hombre nuevo preconizado por los marxistas, y antaño por Lucas y San Pablo. Vio que la templanza y ecuanimidad vaticana no llegaba a Latinoamérica ni a las colonias africanas y asiáticas, mientras que, en medio de la guerra fría, las proclamas soviéticas convencían a las almas de pies sumergidos durante milenios en el fango de los arrozales, o la cabeza quemada bajo el sol tropical de los cafetales. La tierra prometida por el capitalismo ofrecía sustento a los trabajadores de Europa a costa de aquellos desgraciados. La maldición bíblica persistía.

—Decididamente, lo verdadero es bello —piensa.

—El paraíso, ¿verdad?

Parecía que la mujer de pelo cobrizo y figura grácil que, colocándose a su lado, le hablaba, hubiera leído su pensamiento; o lo hubiera provocado.

—Judith Trokaola Hirigoien. Bienvenido, profesor. Ongietorri.

—Bien hallado. Xalbador Munío Bastida. Un placer.

La voz del hombre la recorrió por entera hasta desaparecer bajo el suelo, precedida por el fulgor de una mirada color agua que quemaba. Hojas de piel por el aire certificaron la desnudez de un árbol femenino ardiendo. El varón no quiso protegerse de aquel calor y se abrasó los ojos y la lengua por rehuir volver la cabeza. Los humanos olvidan pronto que

tras cada encuentro de la tierra y el fuego reina un silencio palpable de ceniza antes de que la vida se atreva a renacer.

—¿Le interesa la docencia o la investigación?

Sus raíces indecisas ayudaron a la respuesta, que acomodó a los dictados de su deseo.

—¿Y a Vd?

—Soy una becaria filóloga. Estudio etimologías euskéricas y su extensión territorial en Hegoalde e Iparralde.

—¡Caramba! Acabo de oírle comentar a un padre que se está celebrando el Congreso mundial vasco de París y la notoriedad que está teniendo un tal Krutwig con propuestas polémicas e innovadoras.

—Sí. ¡Cuánto me gustaría estar allí! Estoy al tanto. Reclama que abandonemos el batua y recuperemos el labortano escrito de Axular, en el siglo XVI y XVII, cuando se publica Gero y describe cuál es la patria vasca utilizando el término Euskal Herria.

—Casi coincidimos en la profesión. Soy un profesor visitante especializado en Hermenéutica testamentaria; pero estoy interesado también en las aportaciones del euskera al latín y viceversa.

—¡Qué interesante!

—Y tedioso, también. Mi idea es combinarlo con clases de bachiller a los internos.

—Una apuesta arriesgada.

—¡Vocación!

—¿De esas que dicen que se cura en tres meses? Yo no quiero ni oír hablar de encerrarme con potros salvajes.

—¡Probaré! Recompensaría que un trébol lograra emerger en la arena del desierto. Aquí será más fácil. Hay mucha agua. Ya sabe cómo son de testarudos los ideales.

—Tendremos ocasión de brindar por ese punto Nemo en el océano, si lo halla. Y de compartir opiniones y descubrimientos; si es que los hacemos, já, já.

—Confiemos.

—¿Tiene tiempo para un café?

—Es tarde. Mañana, si le va bien. He de enviar un fax al obispado.

—¿A esta misma hora?

—Perfecto, así daremos un paseo. Este otoño lo merece. Tiene algo primaveral.

—¡Como su rostro! Rojo en las mejillas y verde dentro de los ojos. Bonita mezcla de pecas al sol.

—Gracias por el cumplido. Veo que hace honor a la afamada escuela de retórica de la que viene.

—Una certeza empírica. “Lo que Dios no da, Salamanca no presta”.

Las dos especies distintas de serpiente frotaban sus escamas dándose calor, escaso por vidas prolongadas de hábito cuasi monacal.